

Aktion T4

Mirándose en el espejo, una mujer llamada Härte veía cumplido su mayor sueño, de su estropeado vestido, sobresalía su vientre que cargaba un bebé de unas cuantas semanas; se le vino a la mente una imagen de una familia completa y feliz.

Al bajar a la cocina, se cruzó con su marido, quien leía desinteresado la edición semanal del *Volksstimm* antes de irse a trabajar a su laboratorio en el centro de la ciudad, donde los alemanes, quienes empezaban a controlar la ciudad, le obligaban a invertir sus años de formación y la mayor parte de su día en investigar un fármaco que supuestamente serviría para combatir ataques de epilepsia en niños pequeños a los que no se les podía suministrar otras soluciones.

Siendo Helfen y su mujer Härte judíos, empezaban a sentir cierta inseguridad respecto a los cambios que se rumoreaba que los nazis iban a aplicar, sobretudo a grupos minoritarios como eran ellos. De momento, la discriminación que sufrían se limitaba a algún mal trato de parte de las autoridades.

Helfen se puso su abrigo, y cuando se disponía al salir de su casa, se le vino a la cabeza una conversación que escuchó un día que paseaba en la calle, dos alemanes comentaban como apoyaban completamente una medida para distinguir a los ciudadanos judíos del resto. Pensar en tener que llevar una distinción a la vista en todo momento le ponía los pelos de punta, y más pensando en su mujer y su futuro hijo. Cuando pensaba en formar una familia se le inundaba el corazón de alegría, pero el mundo se le venía encima al darse cuenta de que su hijo sería la tercera generación de familiares completamente judíos, lo que para los nazis pronto sería considerado una vergüenza y lo que es peor, un peligro para la sociedad.

Mientras Helfen iba a trabajar, cada día con la cabeza más baja y por caminos más escondidos, pensaba en si haber emigrado a otro lugar hubiera sido mejor opción, pero dejar su casa y su trabajo estable en el laboratorio más prestigioso del país no sonaba como una buena idea, pero, si era verdad lo que oía que le hacían a los judíos, sería mejor no tener techo que vivir en un campo de trabajo forzado.

Nada más poner un pie dentro de su oficina de trabajo, sintió el ambiente hostil que había, en el último mes, habían despedido a la mitad de la plantilla, casualmente a todos los judíos que ocupaban un puesto no demasiado imprescindible. A la vez que Helfen se dejaba la piel en el laboratorio, su mujer había invitado a la recién llegada vecina a tomar un café a casa. La melodía de la canción titulada "Ländler" de Anton Karas, aliviaba un poco el ambiente que se respiraba entre la judía y la recién llegada alemana. Härte temía el parir a su bebé en el hospital, debido al antisemitismo que crecía exponencialmente, por lo que su vecina acordó a ayudarla en casa.

Pasado un tiempo en el cual la vida de la pareja judía empeoraba debido a las malas condiciones de trabajo que Helfen sufría, sobre todo por parte de su jefe Übel, quien aunque no lo sabía, era su vecino, el científico consiguió lograr el fármaco que tanto le había costado, aunque faltaba probarlo. Las pruebas del fármaco serían secretas, pero en la mente del judío no cabía que pudieran llegar a experimentar con personas, eso sería imposible. En relación a Härte, ya había parido a su hijo con la ayuda de su vecina, quien sostuvo al niño con la cara seria, lo que asustó a la madre. Cuando la madre lo cogió, observó cómo era lo más bonito que había visto, pero cierto era, que tenía unas rasgos faciales distintos a lo que se consideraba normal, debía tener algún problema. Aunque no sería un problema para que Härte lo quisiera, a la vecina, no le gustaba en absoluto. Su marido le había contado como los discapacitados eran vidas que no merecían ser vividas, similares a conchas vacías.

La vecina, al llegar a casa, le contó a su marido Übel lo que había sucedido, y este no dudó en poner en marcha su plan para lo que él creía que era ayudar a la sociedad.

Härte, preocupada por su bebé, se intentaba distraer leyendo la revista Aljadidah mientras le daba el pecho al niño, a quien habían llamado Sonne. Los vecinos llamaron a la puerta, y tras una larga conversación plagada de calumnias sobre cómo habían visto a niños como Sonne no sobrevivir sin ser ratados, convencieron a la pareja para ingresar al niño en el hospital. Pensaban que podrían estar con él, darle de comer, acompañarle y apoyarle, pero una vez que entraron al hospital, le arrancaron a Härte su bebé de las manos, y ese fue el último momento en el que vieron a su tan deseado recién nacido Sonne.

...

En ese momento comenzó el proyecto Akhion T4, la eugenesia sin piedad, donde primero niños, y después adultos serían sometidos a altas dosis de ácido barbitúrico luminal, compuesto que sin saberlo, había desarrollado el propio padre de Sonne, y que pronto eliminaría a los considerados fallos en la sociedad, una vez que los discapacitados fueran asesinados junto a los judíos, quedaría la parte óptima de la sociedad.

Übel, quien supervisaba el proyecto, se quería convencer de que el dolor que sentía al ver morir al hijo de su vecino y empleado, era por el bien de todos.

La pareja desolada de Härte y Helfen, recibió un informe médico falso, el cual afirmaba que Sonne había muerto por un fallo cardiovascular, pero su intuición decía algo diferente.

El detalle desolador que terminó de partir su corazón, fue la copia del libro que sus vecinos habían dejado en la puerta: "El permiso para destruir la vida indigna." Junto a una nota que explicaba cómo solo habían hecho un favor a la sociedad.